

# La crisis de un "compromiso histórico"

EN Finlandia, la política exterior es siempre factor condicionante de la interior", nos explicaba, tan sólo dos semanas antes de la crisis, el secretario general del SKP (Partido Comunista Finlandés). Y añadía Arvo Aalto: "Aquella no puede ir en ningún caso dirigida contra la Unión Soviética". La política exterior parecía ser de hecho el único elemento capaz de aglutinar a los cinco partidos que desde diciembre pasado formaban una cada vez más difícil coalición de centro izquierda.

Pero decir en Finlandia "política exterior" es ya hablar de Urho Kekkonen. Este viejo virtuoso del neutralismo, que tan activo papel jugó en los preparativos para la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea —la denominada Conferencia de Helsinki—, es hoy por hoy, después de Tito, el más veterano entre los Jefes de Estado europeos.

Elegido Presidente en 1956, después de haber sido en diferentes ocasiones ministro y primer ministro, este finlandés del interior, en su juventud recordman nacional de salto de altura y que hoy, a sus setenta y seis años, sigue gozando de una salud de hierro, parece decidido a presentarse nuevamente a las elecciones cuando, en 1978, expire su tercer mandato de seis años, prolongado hace sólo dos por ley extraordinaria del Parlamento. Y lo hará en la seguridad de no encontrar rival de su talla. En un país donde los partidos políticos apenas cuentan hoy con figuras capaces de despertar entusiasmos, Urho Kekkonen ha llegado a ser algo así como una institución, una especie de rey sin corona de 4,6 millones de finlandeses.

Sin embargo, el mérito de Kekkonen —y en esto están de acuerdo incluso sus adversarios— no es otro que el de haber sabido extraer las conclusiones correctas de dos guerras perdidas por su país frente al poderoso vecino del Este. Al fin y al cabo, su formación es la de un político burgués, antiguo militante del Partido Agrario, hoy del Centro. Un político, eso sí, con un envidiable sentido del realismo.

## La firma de Lenin

No se entendería, con todo, la actual situación finlandesa sin te-

La reciente dimisión de Martti Miettunen como jefe del Gobierno de coalición finlandés ha puesto, una vez más, de relieve la inestabilidad de fondo de un país que, con sus casi mil trescientos kilómetros de frontera común con la Unión Soviética, está empeñado desde el final de la última guerra en una política de rigurosa neutralidad entre bloques.

ner en cuenta una serie de datos de su pasado histórico y en especial los relativos a su juventud como nación independiente. En efecto, Finlandia, que había pertenecido a Suecia durante casi siete siglos y que tras su cesión en 1809 a la corona del Zar, se convirtió en gran

rojos finlandeses, respectivamente apoyados por las tropas alemanas y los soldados rusos que aún quedaban en el país.

Firmada en 1920 la paz con la URSS, tras la derrota de los segundos, seguirían largos años de relaciones hostiles entre ambos países.

## Joaquín Rábago

ducado autónomo, no conquistó su auténtica soberanía hasta el estallido de la revolución bolchevique. El Decreto de independencia, fechado en 1917, lleva la firma del propio Lenin, quien no hizo sino cumplir una vieja promesa acorde, por lo demás, con sus ideas sobre el derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Inmediatamente de concedida la liberación, iba a comenzar una violenta guerra civil entre blancos y

acompañadas de una feroz persecución anticomunista en el interior.

Después de un período de agitación de la extrema derecha finlandesa, que aprovechó las revueltas aguas de la crisis económica mundial —y no obstante la existencia desde 1932 de un tratado de agresión entre los dos países—, la URSS, que recelaba un ataque por el Oeste, exigió del Gobierno finlandés la cesión de ciertos territorios de importancia estratégica. La

negativa de Helsinki sería la causa inmediata de la llamada "guerra de invierno" de 1939-1940, que supuso la primera y grave derrota de Finlandia. Helsinki, sin embargo, no claudicó, sino que, sumándose al ataque de las tropas de Hitler contra la URSS, trataría otra vez en vano de reconquistar los territorios perdidos de Carelia.

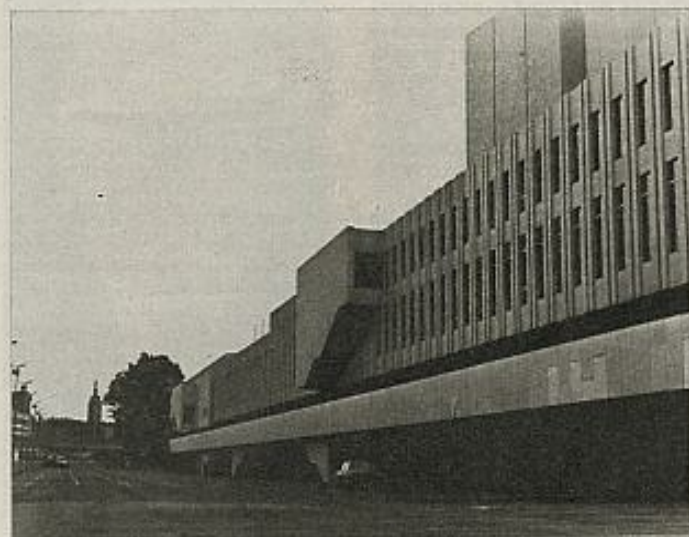
Tras la nueva derrota, y a partir de la firma de la paz con Moscú en 1944, iba a producirse, bajo el Gobierno de Paasikivi, y con Kekkonen como figura clave del Gabinete, un acercamiento a la Unión Soviética que propiciaría al mismo tiempo la salida de la clandestinidad de los comunistas finlandeses. Estos se verían incluso representados en el Gobierno entre los años 1944 y 1948.

En este último año se firma además el Tratado de Cooperación y Asistencia mutua entre Finlandia y la URSS, que, renovado en dos ocasiones, debe mantener plena vigencia al menos hasta 1990. El Tratado inaugura la llamada línea "Paasikivi-Kekkonen", basada en un estricto compromiso de neutralidad entre bloques, que el actual Presidente —entonces ministro de Justicia— ha sabido mantener con extraordinaria habilidad política.

Valga como botón de muestra el modo en que solucionó el problema del reconocimiento de las dos Alemanias. Ateniéndose escrupulosamente al tratado de paz de 1947, Kekkonen se negó a establecer relaciones diplomáticas con Bonn o Pankow hasta que los dos Estados alemanes despejaron el terreno, entablado entre sí negociaciones bilaterales. Ello no impidió, sin embargo, que durante la larga espera Kekkonen sorteara hábilmente el escollo, abriendo, en ambas capitales, representaciones comerciales que cumplieran de hecho la función de Embajadas.

Otro ejemplo de esa capacidad de maniobra lo tenemos en el hecho de que, venciendo todas las suspicacias soviéticas, Kekkonen consiguió en 1955 el ingreso de Finlandia en el Consejo Nórdico, organismo del que forman parte una mayoría de países integrados en el sistema de defensa occidental a través de la NATO.

Como obtuvo también más tarde su incorporación a la OCDE, su-



La Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, celebrada el año pasado en la "Finlandia-talo", fue un gran triunfo para Kekkonen.



En el Parlamento finlandés, al fondo, están representados diez partidos. En primer plano, la estatua de Mannerheim, mariscal de Finlandia, que participó en tres campañas, dos de ellas perdidas, contra sus vecinos del Este.

cesora al fin y al cabo de la OEEC, organismo encargado de distribuir la ayuda del Plan Marshall, y al que en su momento se había opuesto, sin embargo, Kekkonen, en razón de su carácter ideológico. Ahí está igualmente el tratado de libre comercio firmado con la Europa de los monopolios, y al que sirve de contrapeso un convenio de base con el Comecón.

## Los comunistas en el Gobierno

No menos decisiva ha sido con todo la influencia del Presidente en



Urho Kekkonen, un político burgués con un extraordinario sentido del realismo.

la formación de los distintos Gobiernos que se han sucedido en los últimos años. Hoy que tanto se habla, a propósito de Italia, de "compromiso histórico", no está de más recordar el precedente finlandés de 1966-1970.

Artífice principal de aquel experimento fue, sin duda, Kekkonen, quien, aprovechando una ligera inclinación hacia la izquierda de la sociedad finlandesa, supo hacer ver las ventajas que tendría para el

centro la inclusión en el Gobierno de un partido que ya había compartido el poder en los años de posguerra, sin que la democracia se tambaleara lo más mínimo.

La nueva coalición, de la que formaban también parte socialdemócratas y el partido agrario, fracasaría, no obstante, a la postre, por culpa, sobre todo, de las discrepancias entre dos sectores del SKP, recrudescido a raíz de los sucesos de Praga.

Siguió un nuevo período de alejamiento de los comunistas del poder, que acabaría el pasado año con la crisis de una coalición de cuatro partidos presidida por el socialdemócrata Sorsa. Tras un breve Gobierno-puente, y en medio de una grave situación económica, Kekkonen decidió nuevamente que los comunistas estaban mejor en el Gobierno que en la oposición, e hizo valer todo su prestigio para conseguir que fueran de nuevo incluidos en el Gabinete.

## Saarinen y Sinisalo

La invitación a los comunistas iba a agravar las disensiones en el partido entre el grupo mayoritario que encabeza su presidente, Saarinen, y el ala "dura" del vicepresidente, Sinisalo, opuesta a todo proyecto de colaboración con socialdemócratas y partidos burgueses. La disputa entre ambas facciones, que no impidió una unanimidad de criterios en relación con la conferencia de Berlín, está repercutiendo de hecho en el seno de la propia SKDL (Unión Democrática del Pueblo Finlandés).

La SKDL, fundada por socialistas y comunistas en 1944, es una original organización de masas integrada tanto por miembros colectivos —entre ellos, el propio Partido Comunista, la Liga Democrática de Mujeres, la Liga de la Juventud Democrática, etcétera— como por

personas que a título individual aceptan sus principios. Aunque a su cabeza figure un socialista y los distintos organismos estén proporcionalmente representados en la dirección, es de hecho el Partido Comunista quien, debido a su posición hegemónica, comunica a SKDL su orientación política.

También los socialdemócratas se lamentan de la existencia de esas luchas intestinas en el SKP, por cuanto, dicen, impiden saber a qué atenerse a la hora de establecer con él un programa de acción común. Programa que, reclamado con insistencia por Saarinen, no parece de hecho entusiasmar demasiado a los hombres de Sorsa. Al igual que el partido hermano sueco, los socialdemócratas fineses no consideran urgente el problema, continuamente planteado por los comunistas, de las nacionalizaciones. En cualquier caso, afirman, un proyecto en ese sentido tropezaría con la oposición de todos los partidos burgueses, que, dado además el carácter conservador de la propia Constitución, podrían congelarlo en la Cámara durante tiempo indefinido.

Mayor atención exige para los socialdemócratas la ya larga crisis de la agricultura finlandesa, minifundista y escasamente productiva. Crisis que provoca un éxodo constante hacia los núcleos industriales del Sur, incapaces, a su vez, de proporcionar los puestos de trabajo y alojamientos necesarios, y que encuentra una relativa válvula de escape en la emigración a Suecia fundamentalmente (184.000 fineses, según las últimas estadísticas).

Por si fuera poco, la actual recesión económica de Occidente ha provocado un fuerte descenso en la demanda de las principales materias de exportación del país (madera y sus derivados), y la situación de la balanza de pagos, ciertamente grave, lo sería mucho más sin la existencia de un comercio importante y, sobre todo, estable con los

países de economía planificada, como la URSS y otros del Comecón. De no ser por estos mercados, el paro en el país, especialmente en el sector papelero y de construcción de barcos, alcanzaría niveles bastante más altos.

Nada de ello impide, sin embargo, la existencia de una fuerte inflación, que engendra un continuo malestar entre los trabajadores, los cuales, al ver su poder adquisitivo constantemente recortado, presionan sobre sus sindicatos para conseguir nuevos convenios salariales (1).

El desafío de semejante situación no podría resultar fácil para una coalición, como la fracasada, de cinco partidos tan dispares entre sí como el Popular sueco, conservador en lo económico, pero cuya única bandera visible parece ser la defensa de los intereses culturales de la minoría suecoparlante (2) y los comunistas de la SKDL.

Tan heterogénea composición era causa de repetidas crisis en el seno del Gobierno, de las que acaso la mayor —y que ha tenido una influencia directa sobre la actual y definitiva— se produjo la primavera pasada cuando los comunistas se enfrentaron a sus compañeros de coalición: socialdemócratas, liberales, centristas y suecos, al rechazar la elevación proyectada de ciertos impuestos indirectos. Kekkonen salvó la situación en última instancia gracias a un compromiso por el que se concedía a los comunistas dispensa especial para votar en el Parlamento en contra de tan impopular medida, sin verse por ello obligados a abandonar la coalición.

La solución, como ahora se ha visto, fue sólo un parche. Miettunen ha cumplido al fin su amenaza, ya expresada entonces, de dimitir. Y el Presidente ha terminado aceptando. Ahora Kekkonen tendrá que volver a echar mano de su influencia y su prestigio. Y una nueva coalición se sumará a la lista de los casi sesenta Gobiernos que ha tenido este país en otros tantos años de existencia independiente.

La crisis real, piensan muchos en Finlandia, vendrá, no obstante, el día en que los hechos se encarguen de demostrar que tampoco Kekkonen era a fin de cuentas inmortal. ■ Fotos: J. R.

(1) En Finlandia, donde no se da un índice tan alto de sindicación como en Suecia, existen tres centrales: SAK, fundamentalmente obrera; TVK, de empleados de cuello blanco, y AKAVA, para los titulados universitarios. A diferencia de lo que ocurre en Suecia, los comunistas ocupan una posición hegemónica en algunos sindicatos, si bien, en términos generales, los socialdemócratas los llevan la delantera.

(2) Los partidos nacen en Finlandia en torno a reivindicaciones lingüísticas y culturales. Así surgió el partido finlandés en la segunda mitad del siglo pasado, como reivindicación popular frente a la cultura sueca de la clase dominante. Así nacería más tarde el propio Partido Sueco para contrarrestar la pujanza creciente del movimiento nacionalista finés. Véanse las penetrantes "Cartas finlandesas", de Ganivet.